Año VI — La Plata, 1ª quincena de Marzo de 1924 — Núm. 116

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal — Editada por la Agrupación del mismo nombre — Administrador: Risto Stoianovich

Símiles

Hay animales de mucho arranque, capaces de conmover un pino secular de un solo envión. Hay otros de menos sangre para esto, pero, eso sí, de mucho más aguante. Aquellos se aplastan a los primeros tirones; estos, en cambio, forcejean siempre, sin dar señales de cansancio. Estos son en realidad los únicos aptos, los únicos buenos para llegar al fin.

Entre los hombres sucede la misma cosa. Y así no es raro ver que los más bravos, los que más truenan, los que más amenazan, los que se diría van a aplastar con sus braceos, sus ruidos y sus gestos al mundo entero, peguen una espantada en cuanto son enfrentados por cualquier hombre recto y sincero, que si ni grita ni gesticula es porque sabe que todo eso es vacío, que sólo es de arraigo y de fundamento la verdad serena y la hombría moral.

Tal somos las anarquistas y tal deberemos querer continuar siendo perennemente, para alcanzar la victoria sobre la sociedad burguesa, como la alcanzamos, mientras vivimos, sobre nuestros enemigos y adversarios que van quedando mudos, como atorados, a la vera de todos caminos, procurando deglutir sus paradas, sus gestos y sus mentiras que les clavamos propio en sus fauces zafadas de insidiosos, de pérfidos, de taimados.

Hachita.

Una vez más

Una vez más la fiera ha abierto sus negras fauces dispuesta a tragar carne humana, carne de rebeldes, carne de compañeros.

Una vez más el maldito castillo de Montjuich ha de convertirse en calvario de inocentes, indefensos proletarios, que el arrastrasable Primo de Rivera, secundado por el sifilítico Alfonso quiere sacrificar en holocausto al dios Capital.

Pero también una vez más, los anarquistas debemos levantar nuestra voz en defensa de las víctimas. Una vez más y no será la última, debemos protestar contra los asesinos de toga y uniforme, porque con nuestra protesta unánime debilitaremos las fuerzas de las hienas españolas que se revuelcan en la sangre de los caídos.

Una vez más, por Mateu y Nicolau debemos de encararnos con los prepotentes de la tierra, demostrándoles que no consentimos, en nombre de la justicia, que sigan asesinando a inocentes compañeros.

Por la justicia, por la dignidad nuestra, por Mateu y Nicolau, por todas las víctimas de la reacción española, una vez más, como anarquistas, debemos protestar, compañeros.

Weter Müller.

Necochea.

¿Qué es la ley?

La ley es la cosa más absurda que los hombres pueden haber inventado para que los tontos, los que no se dan al estudio de ningún problema social, no piensen en nada y trabajen para que los pillos coman sin esfuerzo. Cuando algún gremio o individuo se rebela y tiene la desgracia de caer en manos de los aplicadores de leyes, lo encarcelan o lo deportan o lo hacen desaparecer como elemento dañino a la sociedad.

Para que el rebelde no contamine a los humildes con sus constantes predicaciones, los parásitos que se dicen mantenedores del orden, como no les conviene que el trabajador se ilustre, porque entonces ellos tendrían que trabajar, cosa que les es muy amarga, persiguen a todos los educadores libres, desde el que se afana por formar sindicatos obreros hasta al simple maestro cuyas enseñanzas no marchan con la ley.

Para el pobre todo son leyes. Todos los días lo amenazan, lo persiguen, lo despiden de la casa en que sirve, lo hacen soldado. Todo tiene que soportarlo si no quiere caer bajo la espada de la ley.

Para el rico, para el pirata, para la canalla dorada, en cambio, no hay leyes; todo está bien si comete un crimen; en esta caso se apela a lo de legítima defensa y se le absuelve. Si prostituye a una obrera, la ley lo perdona; si comete un robo escandaloso, mejor todavía, pues así podrá comprar a la ley. Porque hemos de tener en cuenta que la ley también se vende igual que un par de zapatos.

Por eso los que hacen respetar las leyes, los que se burlan de sus propios inventos y se ríen de los pueblos, tendrían que desaparecer.

El día en que el productor se niegue a las leyes, desaparecerán todas esas fábricas llamadas congresos: senados y cámaras de diputados (o de ladrones).

Entonces todo será un mar de alegrías. ¿Es que no podríamos vivir sin leyes? Ya lo creo que sí.

Imagina, obrero, que estamos viviendo sin leyes ni gobernantes y que no hay cárceles, que no hay islas adonde te puedan deportar, que no hay navíos con cadenas adonde te metan, en fin, que no existe opresión ni opresores, esclavos ni patrones. ¿Es que por eso tú ibas a convertirte en fiera humana? No, seguramente.

Lo que sí, serías o seríamos todos unos bienhechores, unos hermanos; trabajaríamos con más alegría, porque seríamos dichosos; desaparecerían las intrigas, los odios, las guerras que hoy existen entre los pueblos sin haberse visto nunca.

¿Ves cuán fácil es hacer de todo el mundo una familia laboriosa y fraternal? Pues si lo ves fácil, no te detengas ni hagas detener la marcha del progreso; no le tengas miedo a las leyes ni a nadie.

Rebélate contra esta mal llamada sociedad y de esta forma llegarás a ser feliz.

F. Quesada Bailón.

San Paulo (Brasil), 17/1 de 1924.

El deseo de vivir

Desde el primer tímido llanto de un recién nacido, hasta la última voz apagada de un anciano, todo lo que en el mundo de los hombres y también de las bestias, se mueve, lucha y se agita, no responde más que a una sola tendencia, a un deseo único e infinito: *el deseo de vivir*.

Las criaturas más desdichadas, las más cubiertas de taras y de llagas, las que están privadas de todo bien o de toda esperanza, las que atraviesan un calvario cada día y para quienes cada aurora es un anuncio de nuevos infortunios, no dejan por eso de amar la vida, de querer absorberla, si es posible, por una eternidad. Os dirán, sí, que su existencia es hasta penosa y cruel, que están hastiados mortalmente de ella, pero puestos en la disyuntiva de perderla, se aferrarán desesperados a ella sintiéndose felices de seguir viviendo...

Es que en el fondo de su ser todo hombre siente un deseo indefinido, una vaga esperanza de algo nuevo, de algo más bello y perfecto que lo presente; y gracias a ello encuentra un modo de sobreponerse a los males y *quiere vivir* siempre.

Fijémosnos en los dichosos, o que al menos cuentan con todos los bienes y favores de la naturaleza, para poder ser así llamados. Indudablemente que con mayor afàn han de agarrarse a la vida. Pero esto no es para ellos tampoco lo que la realidad les depara. Esperan o presienten algo mejor siempre, algo muy distinto de lo ya sentido y agotado. Cuando más y mejor viven, más y mejor quieren vivir.

Es ese deseo insaciable y universal el factor más decisivo del progreso. Ante su constante expansión ceden y se desploman fatalmente todas las murallas que pretendieran encerrar la existencia humana en un determinado perímetro que siempre resultará estrecho, por más amplio que parezca en un principio.

Son esas murallas las leyes que dicta el despotismo, la moral que preceptúan los dogmáticos y autoritarios, las instituciones todas de violencia levantadas para fijar e imponer al hombre una senda férrea, para constreñir tódas sus necesidades e impulsos a un decálogo preciso y rígido, cuya desobediencia implica, de antemano también, una série de sanciones punitivas, de castigos brutales.

¿Pero se ha visto alguna vez, desde que la humanidad conoce su historia, que los hombres se hayan contentado con esas normas, adaptado su vida al perímetro de esas murallas?

Nadie puede afirmar tal cosa. Todos saben, al contrario, de infinidad de rebeliones individuales o colectivas que terminaron siempre por derribar los obstáculos, abriendo nuevos y más vastos horizontes, en concordancia con los nuevos deseos y concepciones creadas. Que luego se volvieron a levantar barreras en el camino del porvenir, es cierto también. Más no por eso el espíritu renovador, el deseo incontenible de una vida más perfecta y luminosa, dejaba de obrar en los hombres, hasta lograr abrirse paso una vez más.

Así hemos llegado hasta el momento de hoy. Diríase que nunca haya estado la humanidad tan recargada de lacras, miserias y cadenas. No vemos más que cuerpos y espíritus deformes, contrahechos, aberrados. Dificilmente ha de encontrarse en ninguna parte la risa franca, la cordialidad afectuosa, la salud cabal. Imposible, casi, apreciar en la sociedad presente eso que llaman «la alegría de vivir».

Pero el *deseo de vivir* se manifiesta patente sin embargo. La humanidad no puede ni quiere sucumbir entre la miseria y pugna por vencerla, por abrirse paso derribando los tétricos murallones que le cierran el camino hacia el porvenir.

Por eso vivimos un período de nervios y puños crispados. Es un momento de lucha y gestación, un momento de vida intensa que solo saben vivir los que aman la lucha y sienten la intuición de un gran ideal.

Se trata de eso, precisamente: chocar con toda la fuerza, con todo el empuje de nuestra ansia renovadora, de nuestra sed de perfección y belleza, contra los sórdidos murallones del Estado, de la ley, de la iniquidad moral y económica.

Y ha de ser éste el último encontrón violento, la última luchá sangrienta, porque ya son muchos los obstáculos arrasados y pulverizados por el espíritu rebelde de los hombres.

Un esfuerzo más y podremos vivir integralmente.

J. Prince.

Finalmente

«La Protesta», de Buenos Aires, casa editorial y diario de la mañana, publica en su Nº 4643 un suelto contra nosotros, al que intitula «Iracundos», porque confunde nuestra «tirada» enérgica, que deja sin respuesta, con simple ira, como de ello se habrá dado cuenta cualquier lector que no guste adulterar las cosas. De paso, se mete con nuestros colaboradores, al tomar sus artículos por los pies, artículos a los que llama «brulotes insultos», sin duda por comparación con los suyos, geniales y sabrosos; vuelve, también de paso, a sus calificaciones peludistas contra nosotros; hace mentas del «decoro personal», (¿o descaro?) de que están llenos los de la «casa» como de buena voluntad las de los inquilinos insolventes; sostiénese en cuanto nos ha dicho, lo más oronda, como se sostiene de cualquier parte una señora a punto de caer; y toma en tan mal sentido aquello que dijéramos de sus injurias, cuando expresábamos que de cerca, mano a mano o frente a frente, no son nunca los hombres tan sueltos de boca como por escrito, que cualquiera que no hubiera leído lo nuestro del número anterior, supondría que los hemos invitado a pelear, cuando es sabido, a juzgar por lo que escriben y lo que escribimos, que nosotros no somos hombres de «acción», o de «hierro», o de avería, como son los sesudos redactores del diario en cuestión.

En fin, todo eso puede seguir pasando: son opiniones personales que estaban reservaditas y que salieron a la luz, gracias a la virtud de nuestras «piedritas»; opiniones que pueden ser aceptadas o rechazadas con el mismo calor o indiferencia con que aceptamos o rechazamos las otras, las que elogian nuestra obra u obrita, las que ponderan nuestra carencia de espíritu comercialista en la propaganda.

Pero lo que no se puede dejar pasar, es esa especie de furor uterino que muestra a cada rato «La Protesta», cuando se trata de alcahueterías. Nos referimos a los «huevos podridos» que, dice, nos arrojaron «los niños mal nacidos de la liga», «recientemente» y que no supimos «repeler».

Muy mal le llevaron el chisme, compañera. Y ya que por lo visto tiene usted correveídiles y apunta cuanto le acarrean, corrija su libro porque la cosa fué así:

Se produjo en Berisso, hace dos o tres meses. Desde el techo de la casa de Manuel Paleo,—un concejal radical flojonazo desde chico,—tiraron sobre el público, durante una de nuestras conferencias, tres huevos y no podridos sino frescos. ¿Quién los tiró? Lo ignoramos hasta ahora en que «La Protesta» acaba de informarnos que fueron los de la «liga». ¡Qué enterada está ella! Lo cierto es que nuestros compañeros, indignados, putearon a todo dios y que uno de ellos se llegó hasta el mismo techo de donde partieron los huevos, no hallando a nadie.

Luego la policía intervino para guardar el orden y la moral pública, llevándose detenido al que volvió de los techos.

Como se ve, se hizo entonces lo que se pudo.

Es claro; debimos haber incendiado la casa, comido crudos al comisa-

rio y los vigilantes, hecho una revolución en Berisso. Pero para eso no servimos; hubiéramos necesitado ser redactores de «La Protesta».

Corrija, pues, su libro, compañera, y no preste más atención a lo que le chismean. Es malo tener corresponsales impostores, pero es mucho más malo ser vehículo de tales alcahuetes.

Terminábamos de escribir esto sobre el huyente suelto comentado y estábamos pensando en que

«Cuando la mula recula señal que quiere cosiar»,

cuando nos llegó «La Protesta» 4644, con su articulón de primera página, macizo de ferocidad, injurias y mentirillas: coceadas.

Pasemos lo feroz. Cuando el odio riega el cerebro y ahoga el corazón, la ferocidad resulta necesaria. Y si así se manifiesta en un artículo, es de suponerse cómo se manifestaría si nos tuvieran cerquita: seguro que nos comen. No creíamos, sin embargo, unos «pitos» tan pequeños como nosotros, hacernos acreedores a tanta rabia de parte de unos pitones tan grandes como son los que así se han descolgado desde «La Protesta».

Pasemos las injurias también. Ya hemos dicho que a la distancia no preñan a nadie: son como los balazos por teléfono.

Vamos a las mentirillas y despachemos rápidamente. No hemos planteado cosas personales, aunque bien pudiéramos hacerlo, ya que a ese terreno se nos está llamando. Cuanto queda escrito lo dice claramente.

No hay entre nosotros ningún «inspirador». Aquí somos todos iguales, y la influencia de cada uno sobre todos y viceversa, es de ideas, no de odios, como en el diario se estila.

Aquí nadie ha mordido con «veladas diatribas». Nuestras palabras son claras siempre, y si ellas han podido pegar en alguna matadura, no es culpa nuestra sino de los apostemados o de los que se dan por muertos sin que les hayan apuntado.

Aquí no hay personajes sino compañeros; y si hubiera algún inflado, lo pincharíamos con el ridículo para que se le escapara el aire.

Y pasemos a otra cosa. Si «La Protesta» no emitió los «pensamientos» que dice (ni nosotros hemos afirmado tal cosa), ¿por qué tomó esos «pensamientos» como enfocados a ella? ¿Por qué arisqueó? ¿Por qué se puso el traje que nadie le había cortado?

Solamente su suspicacia, ya lo hemos dicho, ha podido ver dragones en las patitas de moscas de nuestros colaboradores. A todos los medrosos les sucede lo mismo: oyen caer una piedra sobre el techo y afirman que ha caído una montaña.

Hemos revisado la colección de «Ideas» de «estos últimos años» y no hemos hallado las «injurias y diatribas» que nos dicen. Por el contrario, encontramos alabanzas. Pero es de los desagradecidos la impostura, como de los bizcos el mirar torcido.

Ahora «La Protesta» se defiende como puede. Los que la escriben no son los mismos que estaban cuando la angurria dictadora. Muy lindo.

El que le pegó a usted no fuí yo sino mi mano. Esto también es muy lindo.

Hay, pues, dos posturas para la responsabilidad, según parece. Si se trata de lo que publicó el diario hace cuatro o cinco años, entonces, *no estábamos;* si se trata de la «gloriosa tradición» del mismo, entonces, sí, aparecemos en escena a recoger el laurel. ¡Muy cómodo!

Cómodo es, por otra parte, que los que *no estaban* vengan a pedirnos cuenta de nuestra obra. ¿Cómo, si no estaban, pueden ahora apreciarla tan en menos? Es que estaban afuera, con los dictadores que combatimos allí y adentro también. Pero «La Protesta» es la misma de la «tradición gloriosa»; y menos mal que los que no estaban aceptan la responsabilidad, aunque haciendo figurillas, como comparten la gloria.

Advirtamos sin embargo que al referirnos al caso de la dictadura, lo hicimos porque se nos dijo que nunca habíamos «opinado sobre nada», cuando precisamente en los momentos en que «La Protesta» soplaba las gaitas dictadoras (y alguno de sus redactores tocaba «La Campana» en Santa Fe y habría «Nuevos Caminos» en Avellaneda) nosotros, que nos «sobrepusimos a la influencia del medio» en aquel instante, llevábamos la guerra a esas desviaciones: opinábamos, entonces, o lo que es igual, resistíamos las arremetidas primeras, las peores, las que hallaron propicio el campo para todas sus rozagancias.

En las «luchas de aquella hora», pues, negamos la virtud de la dictadura contra adversarios de nuestro mismo campo, y no lo hicimos, (no hay que ser mentirosa, compañera) con «el estribillo de siempre», sino con muchos argumentos, que bastante trabajo nos costaron, porque estábamos frente a sofistas duchos en el arte de sacarles el cuerpo o interpretarlos torcidamente en beneficio propio; y porque no éramos ni somos sabios, aunque si enemigos de la impostura, de la alcahuetería y la deslealtad.

También «frente al enemigo tradicional» continuamos nuestra modesta obrita de propaganda. (De cada uno según sus fuerzas...y sus medios.) Frente al bolcheviquismo realizamos una labor persistente, activísima, llevándonos por delante a todos los comunardos de esta villa, en las conferencias, y escribiendo en el periódico, hasta aburrir, cuanto supimos y pudimos (¿Por qué mentirá «La Protesta»: que ganará diciendo que fuimos neutrales?) Cortamos, además, relaciones de canje con todos los periódicos de los calumniadores del anarquismo y de los anarquistas. A los sindicalistas o camaleones los tenemos tan abollados, que hasta la tribuna nos niegan cuando por casualidad realizan un acto. Y antes de que se descalificara sobre las páginas del diario, a los renegados, sacábamos disparando un día, a uno de sus más famosos ases.

¡Pero qué tonto es todo esto! ¡Tener que hablar de lo hecho, para desvirtuar afirmaciones evidentemente falsas! ¡Y todo por culpa de un par, de un trío, quizá, de personas malhumoradas, caquécticas, que no pueden escribir tres palabras sin emparedarlas de injurias y, lo que es peor, de imposturas!

En fin, como se desea, [illegible] al César lo que es del César: [illegible]agnitud de único sabio, capaz de opinar sobre cualquier asunto, como Salomón, y de contradecirse según soplen los vientos, como cualquier Pico de la Mirándola, que para eso es «hombre de pensamiento y acción»; capaz también de pedir que le «presenten una obra de propaganda», que tiene ante sí y que por miopía o extravío visual, no ve o no quiere ver; capaz, en suma, de embrollarlo todo, cada vez que conviene a sus intereses de único sabio. Démosle, sí, todo eso y más también; y quedémonos con la rectificación exigida: «No hubo alusiones para los de «Ideas»; y con los balazos por teléfono, tan certeros como las defensas oficiosas que le suelen hacer y ella publica.

Corral de Bustos

Habiéndose constituido en esta localidad el Centro de Estudios Sociales «Los libres» desearíamos que todos aquellos que editen periódicos de ideas nos enviaran un ejemplar para nuestra mesa de lectura.

Toda correspondencia relacionada con este «Centro» diríjase a nombre de Emilio Riskin.

Ironías de la vida

Por una de las principales calles donde pasean las ricas damas y los apuestos caballeros, un pordiosero monologaba de esta manera: «Ya van varias horas que vago y aun no he conseguido nada. Parece que la gente pudiente no ha reparado en mi hambre que a través de mi rostro se percibe. ¡Hambre! ¡Hasta el sonido es triste!...»

El pordiosero calla; sus pupilas han distinguido a un anciano que viene en sentido contrario. Va a su encuentro: «Señor...» Pero antes que el pordiosero formule su vergonzante pedido, el anciano, sin mirarle, le ha interrumpido: «Perdone».

Esta palabra produce en el miserable un pinchazo, un desaliento. «Todos contestan lo mismo», murmura. Luego añade: «¡Si supieran cuánta hambre tengo! Esos adinerados que contestan «perdone», no conocen el dolor ni saben... ni conocen la miseria. Yo que pido para comer, ayer di la mitad de mi mendrugo, que me arrojara no sé quién, a un niño que lloraba porque el hambre lo mataba; y ese mismo niño había ambulado por las calles implorando caridad y nadie siquiera lo miró».

El soliloquio del pordiosero se interrumpe ante el efecto que le ocasiona la presencia de una dama que ve acercarse. Mirándola fijamente, huye, escondiéndose detrás de un automóvil que está parado. Cuando la dama pasa, él la sigue con la vista como un imbécil, y luego de hacer rechinar sus dientes, murmura: «Esa dama me preguntó por qué no trabajo. Ese ardid lo emplean muchos. Es un modo moderno de decir «perdone». El pordiosero calla. Camina, camina y camina. Las campanas de una fábrica cantan mediodía.

El sol está en lo más alto. Es hora de almorzar. El pordiosero se ha parado. Oye las campanas. «Ese aviso no es para mí. Es para la gente que tiene qué comer. Yo oigo que esas campanas dicen: «Es hora que volváis a vuestras casas. Es hora que abandonéis los clubs y los bars». A pesar de todo—sigue diciendo el pordiosero—las voces de esas campanas a mí también se dirigen. Oigo claramente que me dicen: «Es hora que dejéis de caminar inútilmente. Es hora que os dirijáis a vuestro banco que está en la plaza principal. Es hora que almorcéis». Y el miserable replica: «No tengo nada qué almorzar.»

Entonces las campanas, con voz más clara exclaman: «Almuerza tu hambre ¡oh desdichado! y luego échate largo a largo sobre el banco y duerme tranquilo, mientras las moscas se posan en tu rostro como las abejas en el panal... que es eso lo que te dió la sociedad actual».

ALFREDINO DINO AMATO.

La Plata.

Impresiones de un pequeño viaje

Después de asistir a una conferencia anarquista en el pequeño pueblo de Cinco Saltos, unos compañeros, a los que se les había ofrecido carruaje, me invitan a ver las obras de Contralmirante Cordero, lo que acepto gustoso, por haber oído más de una vez decir que aquello era algo digno de apreciar.

Son las diez de la mañana. Con un sol que alegra los corazones más tristes, atamos los carruajes y contemplando la naturaleza que tan bella se presenta en las estaciones primaverales, ruedan los vehículos por bajo el ramaje verde, el que nos ofrece un aroma delicioso, no dándonos cuenta ante tanta embriaguez, de las sacudidas del carruaje, las que se suscitan con frecuencia por estar las calles en una deplorable situación. Cuando menos lo pensamos divisamos el primer rancho; y un momento más, ya estamos en el famoso «Cordero».

Es un poblacho rodeado de alameda, que a simple vista da la impresión de bello, pero como no quiero ser dominado por el romanticismo, trato de averiguar lo que de realidad tiene por adentro este pueblo, que por afuera parece tan hermoso. Dejamos los carruajes en un pequeño corral y de inmediato salimos con dirección a las obras. Una gran calle ancha nos guía hasta el puente. Una cantidad de niños de los dos sexos juegan, corren y ríen, alegrándonos con sus bullanguerías. Nos detenemos un momento para contemplar aquellos seres pequeñitos que se divierten en plena comunidad. A nuestra derecha se dejan ver los talleres. Allí está el progreso. A la izquierda una gran hilera de negocios de todos los ramos. Allí está la explotación y el atraso. De pronto se nos presenta el colegio y aquí se nos empieza a obscurecer la belleza. Una figura de hombre al que le dicen maestro, hace formar en dos filas a las niñas y de pronto se oye su voz que, como la de un capitán de ejército, hace marcar el paso a aquellas criaturas infelices; que en vez de prepararlas para que «mañana» sean madrecitas tiernas y cariñosas, se les inculca el odio hasta para con sus mismos hermanos.

Interrumpiendo el silencio de mis acompañantes, pasamos a analizar la diferencia de los que en completa armonía juegan en la ancha calle, y de los otros a los que en la escuela se les embrutece en vez de educarlos. Es allí donde constatamos la diferencia que existe entre la calle y la escuela. En la calle la risa y la alegría; en la escuela el patriotismo bárbaro y la sumisión.

Unos pasos más y ya estamos en el puente. Corre un brisa de primavera, agradable; el río Neuquén se desliza cautelosamente por entre los grandes pilares que sostienen el largo puente que lo atraviesa; una escalera es la terminación. Bajamos y ya estamos de nuevo en tierra, al otro lado del río. Volvemos la vista hacia el interior del puente y se nos presenta la muralla, tal vez invencible. Once grandes compuertas se sostienen entre pilar y pilar las que con un simple movimiento mecánico suben y bajan a gusto y gana de los «señores que ordenan»... no dejando pasar (si así lo quieren) ni una gota de agua, encauzándola por un ancho canal, el cual viene a producir la riqueza de este extenso valle.

A nuestras espaldas está parte del valle, cultivado. En realidad es bonito. Pero de nuevo caemos en meditación. Ya no se encuentra allí más que una pequeña cantidad de obreros; los demás son ingenieros, capataces y empleados que no piensan en nada: un verdadero rebaño. ¿Y los demás obreros, dónde están? ¿Tendrán una buena posición, después de tanto trabajo? Nada de eso; cuántos hay que no pueden trabajar debido a las interminables horas que tuvieron que hacerlo en el agua. Aquí nuestra memoria mira al pasado: recordamos la última huelga, en la que por reclamar una ínfima parte de lo que les pertenecía, los sacó la policía, en autos, con la carabina nacional en la mano, lo mismo que si fueran asesinos, ordenado ésto por los señores ingenieros.

¡Ah! aquél puente con sus compuertas es una verdadera obra de valor, pero, cuántas vidas tronchadas en lo mejor de la edad, para saciar los apetitos de buitre insaciable de los que allí capitanean ahora. De nuevo atravesamos el río y ya nos encontramos otra vez en la ancha calle que momentos antes nos habían alegrado los niños con sus risas. El sol deja caer sus rayos sobre los espesos álamos. Es mediodía. Nos acercamos a un figón lleno de obreros. Unos comen, otros beben. Nosotros también pedimos de comer, contemplando los ranchos inmundos, que son las viviendas de los que sumisos antes y sumisos ahora, siguen derrochando sus energías en bien de la casta privilegiada y sin aspiraciones de rebelión.

De pronto, un ruido nos pone alertas: es el pito que llama al rebaño humano, el que desesperado corre a ocupar sus puestos con la cabeza baja, como temiendo una catástrofe. Y nosotros, (que aquello ya no nos divierte) tratamos de salir de ese antro de explotación, no sin antes ser interrumpidos por un guardián, que con el sombrero en la mano, como implorando caridad, nos dice que dejemos los nombres en su libreta, porque así lo exige la dirección; pero se tira una buena plancha; y salimos diciendo: ¡Guay del día que despierten éstos, del sueño milenario! Entonces sí que será la nuestra.

MANUEL BALSA.

Cordero.

De la vida del campo

¡Pues qué! ¿Yo no tengo criados? Cuando el trigo se vende a diez y seis francos, nosotros nos apretamos el vientre; y hay pobres diablos que se mueren por esos caminos.

E. ZOLA.

Narrar en la forma que se vive en el campo no es problema tan fácil como parece, máxime a nosotros que al empuñar la pluma, creemos que es la pala, el arado u otra herramienta de labor cualquiera.

Así, ya que somos explotados tan miserablemente y esta explotación la van modificando de acuerdo a como se manifiestan nuestras rebeldías, y no cambia en su esencia sino con estos cambios, va empeorando nuestra situación, y siguen aprovechándose de nosotros, sólo con despertar nuestra arraigada ambición.

Es indudable que nuestros señores feudales y amos de la tierra, se van dando cuenta que el antiguo sistema de explotación al campesino, no les da el resultado que antes obtenían debido a nuestra profunda ignorancia.

Hoy van adoptando otros medios que sin comprometerlos en continuas luchas con sus explotados, les da los mismos beneficios que antes y tienen la seguridad de que otros velan por sus intereses.

Es así que hoy, en el campo, en su inmensa mayoría son pequeños colonos que alquilan la tierra por dos o tres años, abonando el arrendamiento que pagan al hacerse cargo de la misma.

Por lo regular son obreros que han adquirido a costa de inmensos sacrificios una pequeña cantidad que apenas les cubre el arriendo de dos o tres hectáreas; y son estos víctimas casi seguras.

Desde el momento en que se hacen cargo de la tierra, principia su vía crucis. Dan en concepto de arrendamiento lo poco que tienen, y desde ese momento en adelante, dependen exclusivamente de los dueños, para abastecerse de todo lo necesario hasta la cosecha próxima.

Trabajan como titanes durante todo el año y al fin se encuentran con la cosecha que tienen que vender a bajo precio, puesto que los tiburones de la Bolsa, en ese tiempo se confabulan para hacer bajar los precios.

Tienen que vender el producto para solventar los gastos que han hecho durante el año, y vuelven a quedar limpios; eso si no quedan empeñados con el dueño que les ha estado prestando lo necesario durante el año.

En esta forma transcurren los años fijados en el contrato y terminan en la miseria, después de trabajar como bestias, creyendo en un mejoramiento económico que los propieta-

rios les han ofrecido para tenerlos mejor subyugados al carro de la esclavitud.

El campesino ha creído hasta ahora que el trabajo que se le ofrecía en esta forma era la válvula de escape, de liberación económica y ha trabajado rudamente, con una voluntad digna de admiración, pero los desengaños se han sucedido como una cadena interminable y han terminado por rebelarse contra esta nueva forma de explotación.

Hoy acepta contratos, pero no se forja ilusiones de grandeza ni se entrega (con alguna excepción) de lleno al cultivo, pues sabe que no saldrá de su situación miserable y que esa nueva forma de explotación no es más que para mejor esquilmarlos.

Otra forma característica que tienen los señores amos de la tierra, es la que emplean en las zonas donde se siembran papas. Aquí, cada trabajador vése obligado a alquilar un pedazo de tierra, si no quiere ir rodando de un lado para otro. Así se les obliga a sembrar una hectárea o dos, que se les cede mediante un arreglo, si es que no tiene dinero suficiente para abonar lo que se le exige; debiendo responder con la cosecha que, de antemano, ya le es vedado vender a otro que no sea el propietario del campo.

Mal o bien, de cualquiera forma que les hayan vendido la cosecha, como el arrendamiento no es más que por un año, terminado este tienen que levantar vuelo y edificarse una nueva casa, allí donde el señor se haya dignado alquilarles, y no siendo así, verse por momentos hasta privados de un metro de tierra donde estacionarse sobre las inmensas pampas argentinas.

Continuaremos con el tema.

E. C. PADILLA.

Trabajador, escucha

¿No oyes el grito de libertad que brota de los labios de los gladiadores del progreso? ¿No sientes ese otro inmenso de indignación que puebla el universo entero, estremeciendo de alegría la covacha miserable del paria y de pavor los suntuosos palacios de los chacales de la burguesía, ahitos de sangre proletaria?

¿No oís la racha huracanada que se escapa de las mazmorras del Estado, lanzada por las víctimas de esta maldita sociedad, despótica y malvada?

Escucha, trabajador: tu has sido en todos los tiempos, vejado, explotado, ultrajado por las llamadas clases «superiores»; a costa de tu sudor, de tu sacrificio, han medrado los cínicos, y engordado los audaces que te han sumido en la ignorancia para vivir tranquilos, para que tu idiotez como una venda sobre tus ojos, te impidiera darte cuenta de que ellos sin tí no podrían vivir, y tú sin ellos estarías mucho mejor. Paria, sacude el yugo a que te han uncido; rompe las cadenas que te aprisionan; destruye los lazos atávicos que te atan al pasado lleno de ignominia y de crímenes; empieza por hacer la revolución mental; y después que hayas comprendido que el estado actual de cosas es injusto, súmate a las filas de los anarquistas, y lucha con ellos hasta derrocar el armatoste social presente, para implantar sobre sus ruinas la sociedad de justos e iguales: la anarquía. El progreso y la libertad han sido siempre de los que supieron mirar de cara al sol. ¿Quieres ser digno de tu libertad y tu progreso? Conquístalos. Tu eres el único capaz de eso; está en tus manos: es la conciencia.

F. CAÑADAS.

Cinco Saltos.

Bellezas sindicales

Hay todavía en el seno de la colectividad anarquista, muchos compañeros que no quieren abrir los ojos a la realidad y observar las consecuencias nefastas que ha traído la propaganda sindical, o mejor dicho, lo perniciosa que ha sido la organización hasta hoy para que los hombres del trabajo alcancen su emancipación integral.

Los anarquistas, libres de todo pasionismo, severamente, deben discutir y reconocer sus errores en el actual sistema sindical y ahondar con el bisturí de la razón, procurando extirpar el mal, colocándonos, si es necesario, frente al tal sindicalismo. De lo contrario no nos digamos libertarios; más bien confesemos que somos unos mediocres, que teóricamente vemos dónde está el mal, pero que por cobardía moral, acompañada en muchos casos de conveniencia económica, no nos ofrecemos a romper con ese sindicalismo de vientre que tiene atados a los hombres por la barriga y sometiéndonos mansamente a la autoridad del mismo, por temor a que se derrumbe eso que se llama sindicato de «resistencia», que ni se muere del todo, ni se ve su acción emancipadora por ninguna parte.

Si fuera posible hacer un balance exacto de los hombres que han entrado machos y salieron prostituidos de los dominios sindicales, y de los prosélitos que ha dado al anarquismo, el superavit de los anulados para la libertad sería enorme, aplastador.

El sindicato, cualquiera que sea éste, adherido a la «Fora» o a la «Usa» en su esencia se presta para todo lo malo; lo menos que se lucha en él es por la libertad, pues tienen los asociados poco tiempo para emplear en el estudio de los problemas morales, siendo absorbidos por las mejoras económicas, que al fin de cuentas ningún beneficio les reporta, ni aun en el orden económico, absorción que les impide escuchar la palabra de los compañeros que pretenden exponer en sus asambleas doctrina anarquista; o cuando hay un hombre que quiere dar conocimiento, como una madre da besos a los seres queridos, los socios del gremio buscan la puerta y lo dejan solo, odiándolo en la mayoría de los casos, ya que, según ellos con la citada emancipadora propaganda, peligra la estabilidad del conservador organismo.

Dejan hacer a los que han elegido para pastores, y estos directores, aunque en algunos casos ellos no lo hayan pensado, van cediendo poco a poco. Por una parte, el cansancio; la falta de voluntad y conocimiento de la mayoría, por otra; un poco la presión patronal; otro, la reacción estatal y otras muchas causas más, tenemos que a la larga o a la corta salimos con lamentaciones de que Fulano o Mengano hizo esto o lo otro; que el que hacía de secretario o tesorero se fué de capataz; el otro se vendió a la burguesía o se hizo milico. Hay en el sindicato prácticas malas, viciosas, plasmadas del régimen burgués, como son las votaciones en las que triunfa la mayoría, esa mayoría que con sólo levantar la mano aplasta cuanta iniciativa útil se presente, pues basta que esta iniciativa esté en contraposición o sea atacada por el caudillo gremialista.

Veinticinco años de lucha sindical llevan los trabajadores en esta región. ¿Se nota según progreso en las luchas morales de los hombres? No; se puede afirmar rotundamente.

Gigantesco ha sido el progreso de la mecánica en este lapso de tiempo, progreso que debería beneficiar a los productores, pero que por una extraña y sangrienta paradoja y a pesar del apoyo sindical, ha servido para beneficiar exclusivamente a los parásitos, haciendo más miserable la vida de los obreros. Los sindicatos nada han hecho, hasta el presente, por aliviar la vida del paria, entablando luchas por la conquista de la máquina.

Para demostrar los errores cometidos por las prácticas sindicales, hay que fijarse en lo que pasa actualmente: el egoísmo refinado y dañino que se ha infiltrado en los hombres. Y no se vaya a creer que ésto lo hacen los que no comprenden la lucha social, no; lo ejecutan los papás de algunos sindicatos.

Hay en Rosario sindicatos como el de Albañiles, que llegaron a batallar bastante por la abolición del trabajo a destajo; pues bien, hoy la mayoría de los «buenos» del sindicato, trabajan a destajo. Y esto ¿a qué se puede atribuir? A la pérdida de las ideas y a que ese gremio, como todos los demás, ha dedicado todas sus actividades a la lucha mejorativista, económicamente hablando, es decir, que en vez de haber dedicado más tiempo a la lucha ideológica, lo ha dedicado a la lucha por el mendrugo; y este los ha vencido a todos.

Agreguése a todo lo dicho los secretarios rentados; algunos de ellos buenos luchadores, pero que al aceptar estos puestos van perdiendo día a día las rebeldías de otrora, adaptándose a esa vida burocrática, siendo un obstáculo a toda lucha que se pretendiera entablar, pues el temor de poner en peligro al sindicato, les horroriza, ya que en ello va la pérdida de esa vida cómoda y sin preocupaciones económicas.

En fin, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que las prácticas sindicales son autoritarias y por lo tanto el medio sindical es la negación de la liberación humana.

JAVIER GARCIA.

Rosario, 31 Enero.

N. DE R.—Los males del gremialismo o de la asociación obrera, son males inherentes a la sociedad burguesa y subsistirán mientras subsista ésta sociedad. Aceptamos, pues, como muy buena, toda crítica que se haga en tal sentido al sindicato, porque ella sirve de constante advertencia, previniéndonos a todos que debemos evitar su proliferación y pugnar por suprimirlos en cuanto sea posible. No por eso, a nuestro poco entender, hay que extremar la crítica al gremialismo hasta negarle toda virtud, pues si es verdad que adolece de vicios o prácticas viciosas reñidas con nuestros propósitos libertarios y carece de misión trascendental frente al medio burgués, es, por lo menos, un arma útil a veces, que si no suprime, ni siquiera detiene un punto la explotación, amortigua sus golpes, la contrataca y por momentos hasta la conmueve, cosa que individualmente no hubiera sido jamás posible llevar a cabo.

Critiquemos sus vicios, pues, para amenguarlos y suprimirlos en cuanto se pueda, pero no exageremos la crítica hasta querer que sea el gremialismo y la asociación obrera, lo que nunca, en cierto modo, podrán ser: doctrina y escuela de libertad, como deseamos los anarquistas.

No tiene esta nota ningún propósito polémico. Más bien es una aclaración de nuestra posición de críticos ante el tema que trata el autor del artículo precedente. Y en tal carácter esperamos que la tomará el compañero.

"Alborada"

Con este nombre ha quedado constituida en esta ciudad una agrupación anarquista, cuyos propósitos son la intensificación de la propaganda de nuestras ideas.

A los compañeros, agrupaciones y a la prensa libertaria solicitamos material de propaganda y la publicidad de este aviso.

Correspondencia a nombre de Juan N. Coloma, calle 25 de Mayo 189 (S). Santa Fe.

Carta crítica

A propósito de la libertad condicional

POR JESÚS A GOMEZ.

Querido hermano José:

Entre la modorra que la bruma carcelaria atiza, he logrado hilvanar las divagaciones que siguen, a propósito de un asunto que si no tuviera suma importancia en el desenvolvimiento de los pueblos, lo ha tenido por lo menos en un período de mi existencia particular, y como tal mereces compenetrarte de él tal cual yo lo miro.

Seguramente notes que mi razonamiento es extemporáneo, mas en mi posición resulta a tiempo, porque recién tengo la ocasión. Sólo falta, pues, que tengas calma para repasar y reflexionar lo que no aparezca claro al pensamiento encerrado en tanta letra menuda.

Cuando me entrevistó Diego, al darme cuenta de los trámites legales que provectabais realizar para obtener mi libertad condicional, de acuerdo con lo que determina el código vigente, y fijando el carácter de ésta medida como aceptable, sin deslucimiento de los principios que sostenemos, ni rebajamiento de nuestra digna conducta en la sociedad presente, diverso del que entraña un petitorio de gracia o perdón, cosa anteriormente propuesta y que yo me había rehusado a formalizar en dos ocasiones, me dijo que su propósito no era instarme a ejecutar un proceder claudicante, pues que estaba de acuerdo con mi actitud intergérrima en el asunto del perdón, aunque—agregó,—había compañeros que no eran del mismo parecer.

Esa referencia no me sorprendió. Pero del amable calificativo de *compañeros,* no pude comprender debidamente a qué orden pertenecían aquellos que hubieran deseado de mí, un comportamiento de limosneo; porque pienso que así como en historia natural, las clases se subdividen en multitud de órdenes y especies, y, por ejemplo, entre las aves, poseyendo todas alas, existen las águilas que se guarecen en el azul del cielo, los palmípedos que zambullen en los pantanos y el *ave tonta* que anida entre la tierra, lo mismo en la clase proletaria y en el género de los libertarios, hay las variedades de los que anidan en las elevaciones y en los que en vez de volar, o no teniendo el hábito de remontarse, se deslizan patojamente sobre el barro ordinario de la vida.

Ignoro por tanto, en atención al vuelco sufrido en éste último tiempo por el espíritu que informaba las tácticas de años atrás, si tu opinión particular se halla en la partida de los que aplauden, de los que recriminan o de los que silban—especie que indudablemente debe existir, dado que la vena de socarronería burlesca se encuentra con bastante abundancia en la humanidad, como último reducto de la impotencia, y prima en ciertos individuos en derrota, al igual que esa facultad de los caricaturistas, presentándoles siempre todas las cosas con formas joco-tragi-vanas.

En el centro de ese círculo de voces—y no digo por encima de ellas—yo, que soy el agente del acto y realizo el esfuerzo, mantengo incólume mi resolución de impenetrabilidad a los factores políticos de corrupción, con el objeto de no abrir en las prácticas liberatrices, ningún camino que pueda facilitar el paso de las energías populares al mefítico ambiente político; y no turban en lo más mínimo mi determinación, ni el posible clamoreo de tirios, ni el de troyanos, ni el de babilónicos. Quizá te parezca ese juicio una torpe altivez desdeñosa hacia lo que opinan los que forman con nosotros las huestes de la emancipación; pero semejante modo de ser lo juzgaría yo también vituperable; y la composición de lugar que me hago en la emergencia no es más que la que obligadamente corresponde a quien se encuentra aislado en absoluto de los valores de todo orden del núcleo a que en la sociedad pertenece por sus tendencias, al que está separado de la actuación diaria moral y material e intelectual, de los que integran las falanges que bregan por idéntica finalidad a la que él anhela. El que se encuentra en lucha con una bestia feroz en medio de un poblado, calcula el ataque en combinación con los demás vecinos interesados en la lucha; pero si se encuentra solo en un desierto, delante de la fiera, ha de disponerse en la pelea contando únicamente con sus fuerzas.

¿Qué arguyen unos? ¿Qué mira sostienen los otros? El hombre que se halla imposibilitado de pulsar las alternativas del horizonte humano, no debe, so pena de dejarse remolcar, prestar oídos a los argumentos ocasionales (que generalmente envuelven la iniciación de apartamientos definitivos) que se apliquen, y sí, puesto el pie con entereza en los principios que lo han alentado, lanzarse rectamente por la ruta que ellos le demarcan.

Por lo demás, al asunto del perdón, el hombre que esté asentado en la más frágil dignidad que sea concebible, no le nota, desde los múltiples puntos de vista que pueda adoptar, ningún lado que merezca aprobación. Es preciso descender de la rectitud y claridad del pensamiento, lo mismo que de la consideración humana, aceptar las aberraciones establecidas, para admitir que haya un lugar útil para el perdón en la conducta de las personas. Ni más ni menos se puede comparar a esos tóxicos que en cualquier estado de salud son nocivos al organismo y que nada más cumplen acción benéfica que en los cuerpos perturbados.

Es para mi una necesidad, ya que tengo una ocasión, dilucidarte particularmente los diversos motivos y algunos de los aspectos del asunto que me han impelido a obrar cual lo he hecho, para que estés en condiciones de juzgar con mayor exactitud; y a ser posible y oportuno, también tendría la satisfacción de debatirlos con aquellos que los tachan de inadecuados. Pero, ante todo, es necesario descartar a un elemento que ha intervenido preponderantemente, tal vez absolutamente, ante la «magnanimidad» de los gobernantes, para obtener una indulgencia, suscitando entre nosotros la cuestión de cómo se deben encarar las situaciones como la mía. Esta gente, que corre a la orilla de los problemas que se plantean en la sociedad, no siente la necesidad, y carece por tanto del derecho, de inmiscuirse en puntos doctrinarios.

Las dos veces que se inquirió mi asentimiento directo para el petitorio de gracia, lo ha sido por los trámites que en ese sentido llevaron a cabo los directores del movimiento proletario regional de carácter incoloro o bastardo: los sindicalistas netos, los que propician el sostenimiento del sindicalismo obrero por los intereses de los proletarios en su calidad de tales, ¿no es así? o sea subordinados a los intereses de la clase capi-

talista y por ende de los privilegios de las castas directoras,—teoría que sanciona la condición precaria de los productores en la sociedad y legitimiza la función parasitaria de la burguesía. Sus prácticas se encierran en esa concepción; y los resultados fatales son de preveer como se prevee el fruto en toda planta.

Con esa predisposición que les es propia para aceptar todas las instituciones establecidas y todos los hechos consumados, (los hechos apoyados, por más que se quiera decir en contrario, crean la atmósfera de derecho que les corresponde) simples remendadores del edificio social presente e hidrófobos demoledores de todo esfuerzo que implique nuevo cimentamiento o construcción, estaban en su perfecto papel de neutralizadores de las dos poderosas corrientes: conservación y transformación, que en todos los tiempos van disputándose el trabajo de labrar los derroteros de la especie, al proponerme como forma meritoria de ventaja preventiva, la impetración de clemencia por los delitos falaces que los magistrados del privilegio tuvieron por conveniente imputarme.

¿Conocen, por acaso, esos individuos, los valores que rigen la sociedad? ¿Los han tomado en cuenta para la orientación gremial en alguna ocasión? ¿Se han propuesto alguna vez anular radicalmente los desmanes que engendra el poderío y que flagelan las espaldas de los parias?

Demasiado sabes que tales propósitos los han catalogado de formidable engaño, viendo en ello una extravagancia igual a la que reprimió Calvino en Miguel Servet, que sostenía algunas leyes fisiológicas, equiparando nuestras tácticas emancipadoras a una nave de azúcar en que se quiere embarcar al proletariado, para conducirlo al abismo. Su preocupación es mitigar el dolor y no curar; a nada le descubren las raíces y emplean el tiempo en librar a las ramas de las ásperas excrecencias que en el árbol social se producen por la picadura de la burguesía, como las agallas en el roble por la picadura de un insecto. Inducir a los proletarios hambrientos a que recojan con denuedo los desperdicios de la opulencia, es su faena predilecta; y para semejante objeto es indispensable que los hambrientos abunden, por lo que pedirle a ese género de obreristas su contribución para asentar definitivamente una regla de equidad, de satisfacción, en economía o en derecho, sería escuetamente instarlos a destruir su única razón de ser. ¿Qué harían luego, si al tratar los problemas por vía francamente libertaria, se derrumbara la construcción sindical que los sustenta y que vienen procurando engrandecer? Su puesto en la lucha del mejoramiento, es análogo al de la filantropía de los acaudalados que, para conservarse en acción brillante, precisan perpetuar la esquilmación.

Para ellos, por ejemplo, después de todo, los abusos de la judicatura presentan la oportunidad de frecuentar los palacios de las gobernaciones con misiones *benefactoras.*

Su posición está determinada por su condición híbrida de caudal tibio. Son el deslinde de las corrientes características de la lucha social: toman la temperatura caliente del cauce revolucionario y se refrescan absorbiendo en el de los retrógrados. ¿Se les puede exigir que se vuelquen decididamente de un lado, que se revuelvan contra el otro? Imposible, mientras sean lo que son: el lugar donde se estanca toda empresa.

Ellos que están a los pies del poder secular, encontrarán fácil y natural levantar hacia él el rostro compungido y los ojos implorantes. Pero nosotros tenemos que mantenernos por encima de ese poder arcaico y sostener en toda circunstancia un nivel de superioridad. Precisamente que colocados de todos modos como víctimas del Estado, somos la viviente imprecación que lo señala como una organización de bandolerismo que tiene bajo su planta a la sociedad; pero si nos pusiéramos en condición de vasallos, lo elevaríamos al rango de protector de la vida social, que tan interesado se muestra en obtener.

Al recorrer estas líneas pensarás con razón, hermano, que este largo juicio al respecto de los sindicalistas, me lo podría haber ahorrado, porque en ese punto, tú y muchos, sois del mismo parecer. Pero yo me complazco en allanar con esmero el campo en que se ha de colocar una doctrina o se ha de exponer una tendencia. Como también dudarás de la sinceridad de sus propósitos para conmigo. Efectivamente, ¿por qué se acercaron a mí, para despojarme de la vitalidad de los ideales que me alentaron en la actuación, bajo capa de que deseaban sacarme de las mazmorras? Aunque ignoro si me conocen, al ocuparse de mí tenían el deber de estar interiorizados de la clase de pasta que integraba mi personalidad. Sin duda lo estaban. Mas como avezados en las artes propias de cazadores de incautos, y finos conocedores de las vetas favorables, porque, ciertamente el zafarse de estos antros carcelarios es tentador, quisieron enarbolar mi salida como señuelo de sus éxitos oropelescos. Aprovechadores de los méritos ajenos, con olfato de usureros que acuden a los trances angustiosos para adquirir prendas a bajo costo, pretendían adornarse con la obtención de mi salida pagada con mi propia dignidad y la dignidad de la clase a que pertenezco. De tales intenciones no se puede hacer partícipe a la masa de trabajadores que milita en esas organizaciones innócuas, porque esta, como los feligreses de la totalidad de las tendencias, secunda los planes de la camarilla directriz, con la mejor buena fe del mundo, sin cálculo solapado ni miras de explotar la coyuntura.

En el cenáculo sindicalista lo que menos se ha pensado ni deseado es obtener la libertad de un proletario, librarme de las garras de la justicia burguesa, sino que se especulaba sobre lo que tal acto pudiera bruñir sus blasones de «libertadores» y acrecentar sus prestigios ante el proletariado regional. De ese modo demostraban que eran lo suficientemente fuertes para rehabilitar a los caídos. En lo tocante a los medios, ¿quién les pediría cuentas? ¿No han sentado como sacramento de la iglesia obrera, que es herejía el ventilar esos asuntos? Si tal aserto no fuera deducible del hecho de dirigirse a quien nunca ha estado ligado a sus campañas por ningún vínculo, se presenta aquí un caso concreto.

Ramón Casal es un obrero sincero y apasionado por la causa emancipadora, que, sin duda por azares que llevan a un hombre a actuar en un centro o en otro, y no por definición doctrinaria o modalidades, ha desarrollado su anhelo en las filas socialistas. Es ferroviario y tiene 17 y medio años de presidio como consecuencia de un *carnericidio* ocasionado en el movimiento del año 17. Al principio las secciones ferroviarias lo atendieron alguna cosa, mas en el momento preciso en que los *Cerberos* le apretaron el torniquete, las mismas desistieron de sus atenciones y lo abandonaron. Su comportamiento es bastante digno y no es poco lo que lleva sufrido. Pues bien, para con este camarada tenía toda clase de deberes la Federación sindicalista o novenaria, hoy U. S. A; su situación era peor extremadamente que la mía. Sin embargo no le han consagrado nada de los «poderosos recursos» con que dicen contar para situaciones de esa índole. ¿Cómo explicar las diligencias que me dedicaron y la orfandad en que han dejado a ese otro obrero, mayormente acreedor a «sus» desvelos?

Ultimamente le ha rebajado el gobernador dos años, pero para esas rebajas y aun mayores, no se precisan entrevistas ministeriales ni influencias sindicalistas, que en éste caso no han existido, sea dicho en justicia.

Vemos pues que los conductores de esa fracción gremial, no emprenden nada por el valor intrínseco que encierre, y sí por el provecho momentáneo que particularmente les reporte, por la resonancia que adquiriría su pretendida benevolencia para conmigo, que es para mí un agravio de cualquier modo que la contemple, ya sea que hayan querido utilizarme como instrumento de sus fines logreros, ya sea que hayan querido refrendar con mi consentimiento la injuria de los jueces, o ya sea que fraguaron mi prosternación ante un poderoso. Y lo único que yo he podido hacer dentro de lo que me correspondía, era chingarles su intenciones. Al tratar, entonces, de la actitud que debe asumir para con el poder el que propende sinceramente a librar a los oprimidos de su carga, se hace condición ineludible dejar a un lado esa escoria de la lucha.

Nosotros los revolucionarios que tenemos guerra declarada al Estado, lo menos que podemos hacer es ser el pueblo contra el gobierno. Porque no se debe de olvidar que son dos los medios de profilaxis que desde tiempos remotos se vienen aplicando a las instituciones gubernativas. Unos son los que se afanan por destruir el armatoste social, por considerarlo viejo y en estado de generar y albergar toda clase de alimañas; y los otros, los cándidos aferrados a los sistemas estatuidos, que los desean poner en condiciones de salubridad mediante antisépticos más o menos eficaces. Quiérase o nó, es forzoso reconocer que estos últimos están no menos empeñados que los primeros en una obra de saneamiento. Es, a mi ver, el pueblo dispuesto siempre a sostener al gobierno y a intervenir contra las corrupciones que le descubra; aunque, naturalmente, hay que convenir en que tales medios de sanidad dejan a las instituciones en iguales condiciones a las que un antiguo ladrón concedía a la población de Buenos Aires. Un comisario lo increpaba, diciéndole que poco a poco ya no encontrarían los cuenteros a quién engañar, porque escarmentados los *otarios*, se acabarían, a lo que respondió él, que, efectivamente, en ocasiones los *otarios* se acababan, pero que siempre la *otaria* quedaba preñada.

Aparte de estos dos grupos ocupados en librar a la sociedad de la abyección del poder autoritario, los primeros aboliendo el poder y los segundos limpiándolo, lo restante es inmundicia pura, Jobs que se conforman con vivir en el muladar rascándose las pústulas y bendiciendo al dios que se las depara.

(CONTINUARÁ).

Presidio de Sierra Chica. Enero 6 de 1924.

Punta al lápiz

¿Véis ese hombre que se pasea autoritaria y mecánicamente, por la redacción de aquél periódico; que fijo a las tablas de su ley, se encara con el montón de colaboraciones y con la modalidad de un juez sentencia: «Falta sintáxis; ortografía deficiente; puntuación mala; en fin, al canasto?» Ese hombre, es un enfermo. Barrett, aquél preclaro bohemio, diagnosticó un día, un feliz día, en «La regla», sobre estos «casos». Y «La regla» fué el clavo máximo encajado en la sesera de esos enfermos.

¿Véis aquél otro que ocupa la extrema izquierda de la redacción del mismo periódico, que para no ser menos, también sentencia: «Esto no es como yo pienso, esto va en contra nuestra, ¡al canasto! ¡al canasto!? Ese hombre es otro enfermo. Vedlo en su pequeño dominio (el periódico), con su pobre poder (la redacción), amordazando, estrangulando la libre exposición de las ideas... Imaginadlo ahora en Rusia, en Italia, ensanchado su dominio y poder; y la figura grotesca de un Lenín, o de un Musolini, empañarán vuestros ojos.

¿Véis aquél otro hombre que no redacta periódico ninguno, pero sí que trepado en lo alto de una tribuna, habla de «La Moral» y del «Apoyo mutuo» y luego, en el fondo de su pieza, impone a su compañera, a su novia, la más repugnante degradación, niega con el cinismo de los oportunistas, la solidaridad al vecino, y a la vez pisotea, cuándo y dónde puede, el derecho y la personalidad ajena? Ese hombre, es otro enfermo; su enfermedad está localizada en la lengua.

¿Véis ahora, no ya a un hombre, sino a cientos, a miles, que ante Juan o Pedro dan forma humana al viejo interrogante *¿adonde vas, Vicente?* Esos son el montón, la masa informe del pueblo, sin filiación moral precisa, exenta de todo idealismo, que un día vivará a Marx, otro a Bakounin, otro al papa, al rey, al presidente. Esa es la piara, que ha hecho del mundo un corral y de sus estómagos, el depósito de sus anhelos.

J. C. QUEVEDO.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Armstrong.—G. Lopez 1.00 para nuestro folletito.

Buenos Aires.—F. Simón 1.00, A. Frid Herrera 3.00, F. Gualtieri 1.00, H. Savoia 2.00 para nuestro folletito, Marina Lagos 2.00. F. Rey 2.00 por int. de «La Antorcha», J. Blanco 2.00.

Berabevú.—J. Diaz 1.00 para nuestro folletito.

Berisso.—Romero 1.00.

Cipolletti.—A. Vivez 4.00 por int. de «La Palestra».

Colonia Castex.—D. Sagarra donación 1.00 por int. de «La Palestra».

Colonia Lapin.—M. Kisinovsky 2.00.

Comodoro Rivadavia.—A. Garigue 2.00.

Gral. Madariaga.—M. Ortiz 120 int. de «La Antorcha»

Gerli.—B. Aparicio 1.20.

La Plata.—J. Marfil 1.50, José Pesce 1.00, O. Narciso 1,00, L. Mascioni, 1.00 J. Camps 1.00, C. de León 1.00.

Lobería.—F. Romero 1.20.

Las Parejas.—J. J. Rodriguez 5.

Los Quirquinchos.—Z. Godoy 2.00 para nuestro folletito.

Grupo para la propaganda internacional

Grande es el trabajo de este grupo y más grande aun el entusiasmo que pone en la obra que realiza,—dicen los camaradas que lo integran. De todas partes se le pide material de propaganda y a todas partes lo envía presuroso. No olviden pues los editores de papeles anarquistas, de hacer remesas para ese Grupo. Paquetes y valores a «La Protesta» o al local de «Arte y Natura», calle Agüero 390. Buenos Aires.

Necochea.—S. Alonso 1.20, J. Gimenez 1.00, P. Gutierrez 1.20, B. Torres 0.60, R. Palacios 0.80.

Pergamino.—J. Olcese 16.50 por int. de «La Antorcha» que se distribuyen así: Abad, Borselli, Concilio, D. Alessandro, Di Santi, Farini, Garay, Genevois J. Garófalo A. Herrera, Liotto V. Lombardo, Portillo, Picoli, Roma, Salinas, Valleta, Zapata, Meson, Arango, Gonzalez y J. Portillo 0.20 cada uno. Gallo, Luchezzi y Portal 1.00 cada uno. Gazul, Genevois P. Ligori, Masón y Rodriguez V. 0.40 cada uno. Piñero y Rojas 0.60 cada uno. U. Benitez 0.80, Bravo 1.50, J. Olcese 2.50 por «Ideas» y 1.00 para nuestro folletito.

Rosario.—M. Guevara 3.00.

San Pablo, Brasil.—F. Quesada Bailón 2.40 para «Ideas» y 2,60 como donación.

Saenz Peña.—T. Rubio 1.00 por int. de «La Antorcha».

Tamangueyú.—C. Arnedo 4.80.

Tucumán.—J. B. Aparicio 2.00 por int. de «La Antorcha»

De varios.—Para nuestro folletito, 91.90 de los que se acusó recibo hasta el Nº 113.

Total de entradas 171.10

Salidas.—Impresión de éste número (2 600 ejemplares) 103.00. Franqueo correspondencia, certificadas, encomiendas 13.00. Para nuestro folletito 90.00. Total 206.00.

Del número anterior 82.47 más 171.10 de entradas son 253.57, menos 206 de salidas, quedan para el siguiente número.

47.57

Para nuestra minerva

Armstrong.—G. Lopez 1.00.

Necochea.—Para que impriman folletos y manifiestos y sigan circulando entre la familia igual que el periódico: M. Dukelsky 2.00, F. Lattelaro, J. Infantino, J. Cosloft, L. Ruiz, A. Perez, M. Gonzalez, P. Gutierrez, S. Alonso, L. Alonso 1.00 cada uno. F. Romero, N. N, R. Palacios 0.50 c/u.

Suma ant. 171.20. Suma actual 184.70

Para "La Protesta"

Necochea.—Fción. O Local 3.00.

Para "La Antorcha"

Lobería.—M. Gonzalez 1.20.

Para Comité Pro Presos

Necochea.—César Martín 1.00

Para "La Pampa Libre"

Necochea.—S. Alonso 1.00, Federación Obrera Local 2.00.

Números devueltos

Evaristo Luzuriaga, F. Otero, Julio Vargas y Anibal Bolín de Lanús. «El Obrero del Puerto» de B. Aires. Ramón Alconcher, Ovidio Fasio, Alfredo Flaqué, Adolfo Gelman, Pablo R. Herrera, Manuel Porras, Alfredo Sambartolomeo, Gabino Soto y Rodolfo César de La Plata. Lucas Martinez de Ensenada.

Correo de "Ideas"

José Gonzalez. *Buenos Aires.*—Nos parece, compañero, que Vd. está en un error al dirigirse a nosotros, pues «Ideas» no es «diario» sino periódico, ni encierra «doctrina» ni es «portador de luz», como Vd. dice. Esas cosas—diario, doctrina y luz—se encuentran en «La Protesta». Avísenos, pues, si es a esa importantísima publicación que quiso Vd. referirse: así le enviaremos el peso que nos adjuntaba a su carta.

Rodolfo Lone. *Norte América.*—Ya han ido en carta explicadas las razones por las cuales no insertamos la denuncia. Sin embargo, si tiene Vd. interés en que se divulgue por aquí esa infamia de orden privado, nada mejor que dirigirse a un diario serio, profundo, lumbrera de literatura y sociología. Le aconsejamos «La Protesta», entonces, calle Perú 1537, Buenos Aires.

Recibimos los folletos «Manual del Soldado». Gracias.